

El alfil negro; El puño cerrado (relatos)

The Black Bishop; The Clenched Fist (short stories)

ARRIGO BOITO
(Padua, 1842 - Milán, 1918)

RESUMEN: Los cuentos de Arrigo Boito, publicados en diferentes revista, no vieron una edición conjunta en vida del autor. *L'alfier nero* se publicó en *Il Politecnico. Repertorio di studi letterarii, scientifici e tecnici* en marzo de 1867, mientras que *Il pugno chiuso* lo fue en *Il Corriere di Milano* en diciembre de 1870. Traducción al español de María Antonia Blat Mir.

Palabras clave: Arrigo Boito; El alfil negro; El puño cerrado; Relatos; Scapigliatura

Abstract: Arrigo Boito's short stories, published in different magazines, did not know a joint edition during the author's lifetime. L'alfier nero was published in Il Politecnico. Repertorio di studi letterarii, scientifici e tecnici in March 1867; Il pugno chiuso was published in Il Corriere di Milano in December 1870. Spanish translation by María Antonia Blat Mir.

Keywords: Arrigo Boito; The Black Bishop; The Clenched Fist; Short stories; Scapigliatura

La producción de Arrigo Boito (Padua, 1842 - Milán, 1918) queda indeleblemente marcada por su intensa relación con la música, iniciada con sus estudios de violín, piano y composición en el Conservatorio de Milán y cimentada en el contacto personal con autores como Gioacchino Rossini (a quien conoce en París) y Giuseppe Verdi. Con apenas veintiséis años estrena en la Scala de Milán su ópera *Mefistofele*, basada en el *Fausto* de Goethe la cual, si bien no es inicialmente bien recibida por el supuesto "wagnerismo" implícito, acabó gozando de un inmenso éxito tras varias reelaboraciones en su presentación en el Teatro Comunale de Bolonia en 1876. En los años siguientes, Boito se dedicó a escribir libretos para otros compositores, destacando *La Gioconda* de Amilcare Ponchielli, *Otello* (1883) y *Falstaff* (1893) para Giuseppe Verdi, el *Amleto* de Faccio o el *Falce* de Alfredo Catalani. Figura central de la Scapigliatura milanese, de entre su producción literaria cabe destacar su *Libro dei versi* (1877), o su célebre *Re Orso* (1864), un inquietante y horrible cuento de hadas. Activo colaborador en diferentes periódicos milaneses, sus relatos breves publicados entre 1867 y 1974 figuran entre los más significativos del movimiento, con títulos como *L'Alfieri nero*, *Iberia*, *La musica in piazza*, *Il pugno chiuso* o *Il trapezio*, todos ellos caracterizados por un motivo constante: la plasmación de antítesis de personajes y situaciones entre el bien y el mal, la virtud y el pecado, la luz y la sombra, etc. Este apego a temas ya planteados de forma conspicua por los grandes autores europeos de la primera mitad de siglo, orientó la posterior fortuna crítica de su obra, yendo desde la consideración de Croce, para quien su obra era la expresión de una suerte de romanticismo de inspiración germana, hasta la de Romualdo Giani, quien la entendió más bien como una mera y lúdica expresión de corte intelectual. Se debe a Angela Ida Villa, con ediciones como la reciente *Opere letterarie* (Milán, Otto/Novecento, 2003), la revisión de la obra boitiana a partir de una nueva perspectiva centrada en los elementos de realismo barroco y simbolismo esotérico que encierra.

Arrigo Boito, *El alfil negro*

Quien sepa jugar al ajedrez que coja un tablero, lo disponga bien ordenado ante sí e imagine lo que voy a describir.

Imagínese jugando con las blancas a un hombre de semblante inteligente; dos grandes bultos aparecen en su frente, ligeramente sobre las pestañas, ahí donde Gall sitúa la facultad del cálculo. Lleva una barba collar rubia platino y bigote rasurado, como es costumbre en muchos americanos. Va todo vestido de blanco y, aunque es de noche y se juega a la luz de las velas, lleva unos quevedos ahumados y mira, a través de los cristales, el tablero con intensa concentración.

Jugando con las negras hay un negro, un verdadero etíope, con los labios gruesos, sin un pelo de barba en la cara y la crin lanosa como un carnero; tiene pronunciadísimos los lóbulos

de la astucia, de la tenacidad; no se le ven los ojos porque tiene inclinada la cara hacia la partida que está jugando con el otro. Su ropa es tan oscura, que parece que vaya de luto.

Esos dos hombres de color opuesto, mudos, inmóviles, que combaten con el pensamiento, el blanco con las blancas y el negro con las negras, son extraños y casi solemnes y casi fatales. Para saber quiénes son, tenemos que retroceder seis horas y escuchar atentamente los discursos que hacen algunos forasteros en la sala de lectura del principal hotel de uno de los más conocidos balnearios de aguas termales de Suiza. La hora es esa que los franceses llaman *entre chien e loup*.

Los camareros del hotel aun no habían encendido las lámparas; los muebles de la sala y los individuos que conversaban estaban como sumergidos en la penumbra cada vez más densa del crepúsculo; sobre la mesa de la prensa hervía un *samovar* sobre una gran llama de alcohol del vino. Esa semioscuridad facilitaba el tema de la conversación; las caras no se veían, solamente se oían las voces que pronunciaban dichos discursos:

—En el registro de entradas del hotel he leído hoy el nombre bárbaro de un nativo de Morant Bay.

—¡Oh! ¡un negro! ¿Quién podrá ser?

—Yo lo he visto, milady: parece Satanás en persona.

—Yo lo he confundido con un orangután.

—Yo me he creído, cuando ha pasado por mi lado, que era un asesino que se había pintado la cara de negro.

—Y yo lo conozco señores, y puedo asegurarles que ese negro es el mayor caballero de esta tierra. Si su biografía no les es conocida, puedo contársela en pocas palabras. Ese negro nativo de Morant Bay fue traído a Europa siendo aun un niño, por un traficante, el cual, al ver que la trata de esclavos en América era complicada y no le rentaba bastante, intentó llevar a cabo una trata de hombres jóvenes hacia Europa: embarcó en secreto a una treintena de niños negros, hijos de sus viejos esclavos, y los vendió en Londres, en París y en Madrid por dos mil dólares cada uno. Nuestro negro es uno de estos chicos. El destino quiso que acabase en manos de un viejo lord sin familia, quien, después de haberlo tenido cinco años detrás de su carroza, al darse cuenta de que el joven era honesto e inteligente, lo nombró su sirviente, después su secretario, después su amigo y, antes de morir, lo nombró heredero de todas sus pertenencias. Hoy en día, este negro (que tras la muerte de su lord abandonó Inglaterra y se marchó a Suiza) es uno de los más ricos terratenientes del cantón de Ginebra, tiene admirables cultivos de tabaco y por un secreto suyo en el tratamiento de la hoja, fabrica los mejores puros del país; es más, mirad: estos *Vevay* que fumamos ahora, vienen de sus naves, los reconozco por el signo triangular que tienen marcado hacia la mitad del cuerpo. Los ginebrinos llaman a este negro Tom o Tío Tom porque es caritativo y magnánimo; sus agricultores lo veneran, lo bendicen. Por lo demás, vive solo, huye de amigos y conocidos; en Morant Bay le queda solo un hermano, ningún otro pariente; aun es joven, pero una cruel tisis lo está matando lentamente; viene aquí todos los años para hacerse la cura termal.

—¡Pobre Tío Tom! Aquel hermano suyo, a esta hora podría haber sido decapitado en la guillotina de Monklands. Las últimas noticias de las colonias narran un tremendo levantamiento de esclavos furiosamente combatido por el gobernador británico. Esto es lo que narra el último número del Times: “Los soldados de la reina persiguen a un negro de nombre Gall-Ruck, cabecilla de la revuelta con una banda de 600 hombres, etc., etc.”

—¡Dios mío! ¿Y cuándo terminarán estas luchas mortales entre blancos y negros?

—¡Nunca! —respondió alguien en la oscuridad.

Todos se volvieron en dirección a quien había proferido el adverbio. Allí estaba sentado en un sillón, con esa elegante desenvoltura que distingue a un verdadero gentleman del gentleman falso, un señor que destacaba en la sombra por su candidísima indumentaria.

—¡Nunca! —repitió cuando se sintió observado—. Nunca, porque Dios implantó el odio entre la familia de Cam y la de Jafet, porque Dios separó el color del día del color de la noche. ¿Queréis oír un ejemplo de este obcecado antagonismo entre los dos colores? Hace tres años estaba en América y combatía, yo también, por una “buena causa”, yo también quería la libertad de los esclavos, la abolición de la cadena y el látigo, aunque poseía en el sur un buen número de negros. Armé con carabinas a mis hombres diciéndoles: “Sois libres. Aquí tenéis un fusil de bronce y balas de plomo; observad bien, disparad con acierto y liberad a vuestros hermanos”. Para instruirlos en el tiro había colocado una diana en medio de mis posesiones. El centro de la diana presentaba un punto negro, como una cabeza de grande, en un círculo blanco. El esclavo tiene un ojo muy agudo, el brazo fuerte y firme y el instinto del acecho como el jaguar, en una palabra, todas las cualidades de un buen cazador. Pero ninguno de aquellos negros daba en el blanco, todos los disparos salían de la diana. Un día, el cabecilla de los esclavos, se acercó a mí y me dio, en su lenguaje figurado y fantástico, este consejo: “Amo, cambie el color; esa diana tiene una cara negra, póngale una cara blanca y acertaremos”. Cambié la disposición del círculo e hice blanco el centro; entonces, de cincuenta negros que tiraron, cuarenta acertaron y así... —y diciendo estas últimas palabras, el narrador cogió una pequeña pistola de juego que estaba encima de la mesa, miró, cuanto la oscuridad le permitía, a una pequeña diana colgada en la pared opuesta y disparó.

Las señoras se asustaron, los hombres corrieron hacia la llama del *samovar*, la cogieron y fueron a constatar de cerca el resultado del disparo. El centro estaba agujereado como si lo hubieran quitado con un compás. Todos miraron estupefactos a aquel hombre que con una exquisita cortesía pidió perdón a las damas por la repentina explosión y añadió: “Quise terminar con una imagen estrepitosa, de lo contrario no me habríais creído”.

Nadie osó dudar de la verdad de la historia.

Después continuó:

—Pero combatiendo por la libertad de los negros, me convencí de que los negros no son dignos de libertad. Tienen el intelecto cerrado y los instintos feroces. El gorro frigio no se debe colocar en el ángulo facial del simio.

—¡Educadlos! —respondió una señora— y su ángulo facial aumentará. Pero para que eso suceda, no los oprimáis, esclavos, con vuestra tiranía, libres, con vuestro desprecio. Abridles vuestras casas, acogedlos en vuestras mesas, en vuestros congresos, en vuestras escuelas, echadles una mano.

—Consumí mi vida en ello, señora. Yo soy una especie de Diógenes del Nuevo Mundo: busco al hombre negro, pero hasta ahora solo he encontrado a la bestia.

En ese momento apareció por el umbral un camarero con una gran lámpara encendida; de repente toda la sala se iluminó. Entonces se vio en un rincón, sentado, inmóvil, al Tío Tom. Nadie sabía que estaba en la sala, la oscuridad lo había ocultado; cuando todos percibieron su presencia, se hizo un largo silencio. Las miradas de los presentes pasaban del negro al americano. El americano se levantó, le dijo algo al oído al camarero y volvió a sentarse. El silencio continuaba. El camarero volvió a entrar con una botella de Jerez y dos vasos. El americano llenó hasta el borde los dos vasos y tomó uno. El camarero pasó el otro al negro.

—Señor, ¡a su salud! —dijo el americano al negro levantando la copa hacia él como dicta el protocolo de mesa inglés.

—Gracias, señor: ¡a la suya! —respondió el negro. Y bebieron los dos. En el acento del negro había una amabilidad tierna y tímida, y una gran tristeza. Tras esas cinco palabras se volvió a sumergir en el silencio, se levantó, cogió de la mesa de la prensa el último número del Times y se sumergió en la lectura durante diez minutos.

El americano, que buscaba un pretexto para retomar el diálogo, se dirigió hacia el rincón donde leía Tom y le dijo con delicada cortesía:

—Ese periódico no tiene nada de interesante para usted, señor; ¿Puedo proponerle alguna otra distracción?

El negro dejó de leer, se levantó y se puso delante de su interlocutor con digno respeto.

—En primer lugar permítame que le estreche la mano —inició el otro—. Me llamo sir Giorgio Anderssen. ¿Puedo ofrecerle un habano?

—Gracias, no; el tabaco me sienta mal.

Entonces el americano, tiró el puro que tenía en los labios y volvió a preguntar:

—¿Puedo proponerle una partida de billar?

—No conozco ese juego; se lo agradezco, señor.

—¿Puedo proponerle una partida de ajedrez?

El negro titubeó, después respondió: —Sí, eso lo acepto con gusto —y se dirigieron hacia una pequeña mesa de juego que estaba en el rincón opuesto de la sala; cogieron dos sillas y se sentaron uno frente al otro.

El americano tiró las fichas sobre el mantel verde de la mesa para distribuir las ordenadamente sobre el tablero. El tablero no era de gran calidad, con cuadros de madera toscamente taraceados, pero las piezas eran verdaderas obras de arte. Las blancas eran de marfil finísimo, las negras de ébano, el rey y la reina blancos llevaban en la cabeza una corona de oro, el rey negro y la reina negra, una corona de plata, las cuatro torres aparecían sujetadas por cuatro elefantes como en el ajedrez primitivo persa. El trabajo sutil de estas piezas las hacía parecer fragilísimas. Debido a la brusquedad con que el americano tiró las fichas sobre la mesa, el alfil negro se rompió.

—¡Qué pena! —dijo Tom.

—No es nada —respondió el otro—, se arregla enseguida.

Y se levantó, fue al escritorio, encendió una vela, cogió un trozo de lacre rojo, lo calentó, ensambló como pudo los dos fragmentos del alfil, los pegó y le devolvió al compañero la pieza arreglada. Después dijo riendo: —¡Ahí tiene! ¡Si se le pudiese pegar así la cabeza a los hombres!

—Hoy en Monklands es lo que necesitarían muchos —respondió el negro sonriendo de modo siniestro. El acento de esta frase provocó en el americano una impresión de estupor, de compasión, de ofensa, de repulsión.

Tom continuó: —¿Con qué color juega, señor?

—Con uno o con el otro, no tengo predilección por ninguno.

—Si le es indiferente, tomamos cada uno el nuestro. Para mí las negras, si me permite.

—Pues para mí las blancas. Perfecto —y se pusieron a colocar las piezas en sus casillas.

Se ayudaban recíprocamente con igual caballería en la ordenación de sus fichas; el negro, cuando podía, ponía en su sitio una ficha blanca, el blanco le devolvía el favor ordenando algunas fichas negras.

Cuando ambas quedaron alineadas, Anderssen dijo: —Le advierto que soy muy bueno;

podría darle ventaja de alguna ficha, ¿una torre por ejemplo?

—No.

—¿Un caballo?

—Tampoco. Me gusta jugar con las mismas armas aunque la fuerza no sea la misma. Aprecio su amabilidad, pero prefiero jugar sin ningún tipo de ventaja.

—Así sea. Usted sale.

—¡A suertes! —y el negro metió en un puño una ficha negra y en el otro, una blanca; después dejó adivinar al americano.

—Este.

—Salen las blancas. Empezamos.

Mientras tanto las personas que estaban en la sala se habían acercado una a una hacia la mesa de juego.

Entre estas personas había quien conocía el nombre de Giorgio Anderssen como el de uno de los más famosos ajedrecistas de América y por ello les resultaba especialmente interesante la escena que estaba a punto de comenzar. Giorgio Anderssen, originario de una noble familia inglesa emigrada a Washington, se había hecho casi millonario con el ajedrez. Joven aun, ya había ganado a Harwitz, a Hampe, a Szen y a todos los jugadores más experimentados de la época. Este era el hombre con el que se medía el pobre Tom.

Antes de que Anderssen tuviera tiempo de mover la primera ficha, el negro cogió, a su derecha, la vela que había quedado encendida sobre la mesa de juego y la colocó a la izquierda. Anderssen notó el movimiento y pensó maravillado: “Este hombre ha leído sin duda la *Repetición de amores y arte de ajedrez* de Lucena y sigue el precepto que dice: “*Si jugáis de noche a la luz de una vela, ponedla a la izquierda. La luz molestará menos a vuestros ojos y tendréis una gran ventaja sobre vuestro adversario*”; y pensando en esto, cogió sus gafas ahumadas y se las puso sobre la nariz; después abrió el juego con el primer movimiento. Posteriormente, se volvió hacia quienes se habían agrupado a su alrededor y dijo con alegre desenvoltura: —Los primeros movimientos del juego del ajedrez son como las primeras palabras de una conversación, se parecen siempre; y son: ficha blanca, dos pasos, ficha negra, dos pasos, gambito de rey etc., etc., etc. —Y así, charlando y sin pensar, hizo el segundo movimiento y adelantó dos casillas el alfil de rey, esperando que el adversario se lo comiese con el suyo. El negro no tomó la ficha. Por el contrario, con un movimiento menos habitual defendió la propia pieza llevando su alfil de rey a la tercera casilla de la reina. Anderssen quedó un poco sorprendido por la jugada y pensó: “Este hombre quiere conservar los peones; sigue el sistema de Philidor que los llamaba el alma del ajedrez”.

Siguieron otros cinco o seis movimientos de apertura; los dos jugadores se estudiaban el uno al otro como dos ejércitos que están a punto de atacarse, como dos boxeadores que se observan antes de la lucha. El americano, acostumbrado a la victoria, no temía mínimamente a su antagonista; sabía además, que el intelecto de un negro, por educado que estuviera, no podía competir con el de un blanco y mucho menos con Giorgio Anderssen, con el campeón de campeones. Aun así, no perdía de vista el mínimo gesto del enemigo; una cierta inquietud le obligaba a estudiarlo y, con disimulo, lo espiaba más en el rostro que en el tablero. Se había dado cuenta desde el principio de que los movimientos del negro eran ilógicos, incoherentes, confusos; pero también había visto que su mirada y la apariencia de su frente eran profundas. El ojo del blanco miraba la cara del negro, el ojo del negro estaba inmerso en el tablero. No habían jugado más que siete u ocho movimientos y ya eran evidentes los dos sistemas diametralmente opuestos de estrategia.

La marcha del americano era triunfal y simétrica, se parecía a las primeras evoluciones de una gran armada que entra en una gran batalla; el orden, ese primer elemento de fuerza, regía todo el juego de las blancas. Los caballos, desde la antigüedad llamados los “pies del ajedrez”, ocupaban uno el extremo derecho y el otro, el extremo izquierdo; dos peones habían ido a aumentar por una parte y por la otra, la avanzadilla marcada por la pieza del rey; la reina amenazaba por un lado, el alfil de rey por el otro, y el segundo alfil defendía el centro dos casillas por delante del rey, y detrás de los peones. La posición de las blancas era más que simétrica: era geométrica; el individuo que disponía así esas piezas de marfil, no jugaba a un pasatiempo, meditaba una ciencia; su mano se abalanzaba segura, infalible sobre el escaque, recorría el tablero, luego se paraba en un punto preciso con la calma de un matemático que presenta un problema en la pizarra. La posición de las blancas lo atacaba todo y defendía todo; era formidable en eso, rodeaba al enemigo en un estrechísimo campo de acción y, simbólicamente, lo ahogaba. Imaginaos una pared animada que se adelanta y pensad que las negras quedaban aplastadas entre el borde del tablero y esta pared, poderosa, inquebrantable.

A veces parece que incluso las cosas inanimadas toman comportamientos humanos; el más frívolo objeto puede convertirse en algo expresivo dependiendo de lo que lo rodea. Por eso las piezas de ébano que formaban la armada de las negras parecían, ante el abrumador asalto de las blancas, sorprendidas por un trágico abatimiento. Los caballos, espantados, daban la espalda al ataque, los peones derrotados habían perdido la alineación, el rey, que rápidamente se había enrocado, parecía que llorara en su rincón por el deshonor de su fuga. La mano de Tom, oscura como la noche, vagaba temblando por el tablero.

Ese era el aspecto de la partida según el punto de vista del americano. Cambiamos de campo. Según el punto de vista del negro, el aspecto de la partida se invierte. Al sistema del orden desarrollado por la apertura de las blancas, el negro contraponía el sistema del más completo desorden; mientras aquel se alineaba simétrico, este se aglutinaba confuso; aquel ponía toda su fuerza en el equilibrio del ataque y de la defensa, este aumentaba a cada paso el propio desequilibrio, el cual, por el creciente aumento de su masa, se transformaba, a la vista de la formación blanca, en una verdadera fuerza, una verdadera amenaza. Era la amenaza de la catapulta contra el muro del fuerte, de la carga contra el tablero. A medida que el muro móvil del blanco avanzaba, el proyectil del negro se hacía más poderoso. Los dos ejércitos estaban completos uno frente al otro; no faltaba ni una sola pieza ni una sola figura, y la reserva de ambas partes era feroz. El americano no divisaba en el principio de la posición del negro más que una inepta confusión producida por el miedo cerval del pobre Tom; pero justo por su ineptitud le parecía que esa posición impedía un asalto regular y decisivo. Pero el negro veía en aquella confusión algo más: toda su natural táctica de esclavo, toda su astucia de etíope estaba condensada en aquellos movimientos. Ese desorden estaba hecho con arte para esconder la emboscada, los peones fingían la ruta para engañar al enemigo, los caballos fingían el abatimiento, el rey fingía la fuga.

Ese desequilibrio tenía cimientos, esa rebelión tenía un jefe, toda esa palabrería, un concepto. El alfil que Tom había colocado desde el principio en la tercera casilla desde la reina era el cimiento, ese jefe, ese concepto. Las torres, los peones, los caballos, incluso la reina rodeaban, obedecían, defendían a ese alfil. Era justo el alfil que había roto y arreglado el americano; un hilo sanguíneo de lacre le recorría la frente y, cayendo por la mejilla, le rodeaba el cuello. Ese trozo de madera negra aparecía heroico; parecía un guerrero herido que se obstinaba en combatir hasta la muerte; la cabeza ensangrentada caía ligeramente hacia el pecho con trágico abatimiento; parecía que mirara, como el negro que lo movía, el fatal

tablero; parecía que escudriñase el adversario y esperase estoicamente la ofensa o la meditase misteriosamente. En la mente de Tom, esa era la ficha marcada de la partida; veía con su fantasiosa y aguda imaginación cómo se extendían bajo los pies del alfil negro dos hilos que, hundiéndose en la madera del tablero y pasando bajo todos los obstáculos enemigos, terminaba como dos rayas de lápiz en las dos esquinas opuestas del campo blanco. Esperaba con inquietud un lance solo, el enroque del rey adversario, para dar rienda suelta a su recóndito pensamiento. Sin ese movimiento, todo su plan fracasaría; pero era casi imposible que Anderssen consumara ese movimiento. Tom solo miraba y sabía su oculta conspiración y ningún jugador en el mundo habría podido adivinarla. A la vasta y armoniosa concepción del blanco, el negro contraponía esta idea fija: el alfil marcado; a la ubicuidad ordenada de la fuerza de las blancas, las negras oponían su farragosa unidad; al juego abierto y sano, el juego subrepticio y obsesivo. Anderssen combatía con la ciencia y con el cálculo, Tom con la inspiración y con la casualidad; uno hacía la batalla de Waterloo, el otro la revolución de Haití. El alfil negro era el Ogé de aquella revolución.

La partida llevaba ya un par de horas; eran hacia las nueve de la noche; algunas señoras se alejaron del tablero, cansadas de observar, para dedicarse, una a un trabajo, otra a un bordado y otra, cargando y descargando la pistola de juego, se deleitaba con una diana.

Ninguno de los dos antagonistas se movía de su sitio. El americano, que no veía aun el jaque mate y que no entendía la salvaje táctica del negro, empezaba a aburrirse y a arrepentirse de la excesiva amabilidad que le había llevado a proponer aquella partida. Habría querido terminarla rápido a toda costa, incluso a costa de perder; pero por otra parte su orgullo de raza se lo impedía; un blanco y un caballero no podía ser derrotado por un esclavo; además su conciencia de gran jugador y el prolongado estudio del ajedrez no le permitían dar un paso sin reflexionar. Al llegar al decimoquinto movimiento se dio cuenta de que aun no había enrocado a su rey: levantó las manos, con la izquierda levantó el rey, con la derecha la torre, y estaba a punto de realizar el movimiento cuando vislumbró en el ojo del negro un optimista rayo de esperanza; no adivinó la razón, se quedó un rato con las dos piezas en el aire estudiando la partida, titubeó; el ojo de Tom seguía afanosamente, entre la alegría y el temor, el más mínimo movimiento de las dos manos blancas como el marfil que aferraban. Anderssen, turbado, estaba a punto de volver a dejar en su sitio las dos piezas cuando el negro exclamó vivamente:

—Pieza tocada, pieza jugada.

—Lo sabía —respondió de manera cortés pero seca, mientras seguía buscando un subterfugio para evitar el movimiento, sin darse cuenta todavía de que las piezas tocadas eran dos, había que mover ambas: las reglas del juego hablan claro; no era posible otro desplazamiento que el enroque. Anderssen hizo el enroque calabrés, como se dice en el lenguaje científico, esto es, puso el rey en la casilla del caballo y la torre en la del alfil. Después clavó la mirada en la cara del enemigo.

El negro, al ver el movimiento tanto anhelado y tanto esperado, volvió a clavar la mirada, más intensamente, en el alfil marcado, y exaltado por la emoción y por su naturaleza tropical, ni siquiera se preocupaba por templar el ímpetu de su fisonomía. Recorría el tablero de arriba a abajo con los ojos, del alfil negro al rey blanco, haciendo y rehaciendo veinte veces el mismo camino como si quisiera hacer un surco en los escaques. Anderssen vio esos movimientos oculares, los siguió, notó el alfil, lo adivinó todo; pero en su cara no apareció ni un solo indicio de aquel descubrimiento. Por su parte, Tom no miraba nunca al americano; estaba siempre enfrascado en la idea fija que lo dominaba, Tom en aquella sala no veía más

que un tablero, en aquel tablero no veía más que una casilla: fuera de aquel pequeño cuadrado negro y de aquella figura de ébano, nada ni nadie existía para él.

Con los puños cerrados se agarraba al pelo áspero, sujetándose así la cabeza, apoyado con los codos en el borde de la mesa; la piel de las sienes, estirada por la presión que hacían las dos muñecas, le levantaba la epidermis de la frente; los párpados, de esa extraña manera alargados hacia arriba, dejaban al descubierto gran parte del globo opaco y blanquísimo de sus ojos. Con esta postura estuvo madurando su tirada durante más de cuarenta minutos, inmóvil, ávido, triunfante; y entonces atacó; cogió un peón del adversario y amenazó a un caballo. El americano había previsto la jugada. El fuego había comenzado. A este primer disparo respondió con otro ataque el americano, el cual cogió el peón negro y atacó a la torre; cinco o seis movimientos le siguieron rapidísimos, implacables. La verdadera lucha empezaba ahora. A la derecha y a la izquierda del tablero se veían ya algunas fichas y algunos peones fuera de combate, primeros trofeos de los combatientes: el asalto tanto anunciado irrumpió con toda la violencia; por un lado y por otro se esfumaban las jerarquías, una pieza caída arrastraba a otra, las blancas consumaban la venganza de los blancos, las negras consumaban la venganza de los negros, una blanca capturaba y era capturada por una negra; una negra atacaba y era atacada por una blanca; nunca antes la ley del talión fue mejor honrada. Anderssen empezaba también a agitarse porque había previsto todo, había hecho todas las combinaciones posibles. Al descubrir lo que tramaba Tom, durante esos cuarenta minutos en los que el contrincante imaginaba su golpe de gracia, Anderssen había adivinado sus intenciones y había contestado al primer golpe conduciendo al negro, pieza a pieza, a una posición sin duda muy atrayente y favorable para él mismo; pero quería llevarlo a esa posición a cambio de sacrificar el alfil. Anderssen sabía ya que, eliminado el alfil, Tom no habría sabido continuar.

Hay insectos que no saben tejerse la larva dos veces, pensadores que no saben enunciar dos veces un concepto, guerreros que no saben repetir una pugna: Anderssen pensaba eso mismo de su antagonista.

Llegado al punto donde el americano lo esperaba, Tom no vaciló ni un momento, renunció a la posición, sacrificó un caballo en lugar del alfil, obligó al adversario a destruir las dos reinas y la partida cambió de rumbo completamente.

El punto álgido de la batalla había pasado, los muertos abarrotaban las dos orillas enemigas, el tablero se había quedado casi vacío, a la épica furia de los ejércitos numerosos le sucedía la ira suprema de los últimos supervivientes, la batalla se transformaba en desafío. A las blancas les quedaban dos caballos, una torre y el alfil del rey; al negro le quedaban dos peones y el alfil marcado.

Eran las once. Evidentemente las negras habrían tenido que abandonar el juego. Los presentes, viendo la partida en esta situación, se despidieron de los dos jugadores y, después de felicitar a Anderssen, salieron de la sala y se fueron a dormir.

Se quedaron solos, cara a cara, nuestros dos personajes.

Anderssen le preguntó al negro: —¿Ya?

El negro respondió casi gritando: —¡No! —e hizo un movimiento; después por el nerviosismo, quiso cambiarlo...

Anderssen lo interrumpió, diciéndole con irónica intención:

—Pieza tocada, pieza jugada.

Tom obedeció. Volvieron a sumergirse en el más sepulcral silencio. La seguridad de la victoria hizo a Anderssen sentir aburrimiento de nuevo. La cabeza empezó a debilitarse y el

sueño, a ofuscarlo.

Tom estaba cada vez más despierto, más encendido y más taciturno.

El alfil negro estaba en medio del desnudo tablero, recto, desierto, abandonado por los suyos; solo un peón le había quedado para defenderlo de los ataques de la torre; los otros dos peones estaban muy avanzados en el campo de las blancas: uno de ellos tocaba ya la penúltima casilla. Tom pensaba. Las luces de la sala se iban oscureciendo. No se oía ningún ruido más que el de un gran reloj que parecía medir el silencio. Tocaba la medianoche cuando la última lámpara se apagó; el vasto local quedó solo iluminado por una vela que ardía sobre la mesa de los jugadores. Anderssen empezaba a sentir el frío de la noche. Tom sudaba.

El salvaje olor de la raza negra ofendía el olfato del americano.

De repente, al fondo del jardín se oyó cantar el *bananero* de Gottschalk a un forastero que llegaba en ese momento al hotel; Tom se acordó de esa canción, una nube de lejanísimos recuerdos se asomó a su pensamiento; vio un banano gigante iluminado por la aurora del trópico y entre las ramas, una hamaca que se balanceaba con el viento, en esa hamaca, dos muñecos negros dormidos y la madre arrodillada en el suelo que rezaba y cantaba aquella delicada cantilena. Así estuvo diez minutos, ensimismado en estos recuerdos, en esta visión; después, cuando volvió el silencio profundo, retomó la contemplación del alfil.

Hay una especie de alucinación magnética que la nueva hipnología clasificó con el nombre de *hipnotismo* y es un éxtasis cataléptico que procede de la dilatada e intensa observación de un objeto cualquiera. Si se pudiera afirmar efectivamente este fenómeno, las ciencias de la psicología, habrían conseguido un nuevo triunfo: existiría el *magnetismo*, que prueba la transmisión del pensamiento; el llamado espiritismo, que prueba la transmisión de la voluntad a los objetos inanimados; y el hipnotismo, que probaría la influencia magnética de las cosas inanimadas sobre el hombre. Tom parecía inmerso en este fenómeno: el alfil negro lo había hipnotizado. Tom tenía un aspecto terrible: se mordía compulsivamente los labios, tenía los ojos fuera de las órbitas, las gotas de sudor le caían de la frente al tablero. Anderssen ya no lo miraba, porque la oscuridad era demasiado densa y porque él también, como atraído por la misma electricidad, miraba fijamente el alfil negro.

Para Tom la partida podía darse por perdida; no eran las combinaciones del juego las que lo tenían tan inquieto, era la alucinación. La pieza negra, para Tom que la miraba, ya no era solamente una pieza, era un hombre; ya no era solamente un color, era una raza. El lacre rojo que mantenía la pieza unida era sangre viva y la cabeza herida, una verdadera cabeza herida. Él conocía bien a esa pieza, había visto su cara muchos años atrás, esa pieza era un ser vivo... o quizás muerto. No; esa pieza era un moribundo, un ser querido planeando entre la vida y la muerte. ¡Hay que salvarlo! Salvarlo con toda la fuerza posible del coraje y de la inspiración. En la cabeza del negro retumbaba sin cesar, como un horrible bordón, la frase que el americano había dicho riendo, antes de empezar la partida: *¡Si se le pudiese pegar así la cabeza a un hombre!* y ese tormento aumentaba su alucinación.

La frente de esa pieza de madera parecía cada vez más humana, más heroica, rozaba casi la perfección y, al pasar de transfiguración a transhumanización, de hombre se transforma en idea, como de pieza había pasado a hombre. La idea fija seguía ahí, en el centro del alma del negro, cada vez más elevada, más sublimada. De obsesión había pasado a superstición, de superstición a fanatismo. Tom era esa noche, en ese momento, la síntesis de toda su raza.

Pasaron así otras cuatro horas, mudas como una tumba: muertos o dormidos habrían hecho más ruido que en ese momento, luchando furiosamente. El pugilato del pensamiento no podía ser más violento: las ideas colisionaban unas con otras; los conceptos caían asfixiados en uno

y en otro lado. Los rostros ya no se miraban, las dos bocas callaban. De repente, el alfil negro perdió terreno, la torre blanca con su marcha potente y directa, con su movimiento lo asediaba y a cada paso amenazaba con capturarlo. El alfil esquivaba oblicuamente como una pantera a su formidable perseguidora; Anderssen seguía perplejo la carrera furibunda del alfil empujando su pieza siempre hacia delante y arrinconando la pieza enemiga en la esquina del tablero. Esta fuga febril y angustiada, duró media hora completa; los dos reyes también tomaron parte en esta frenética pelea de esgrima; y luchando igualmente uno contra el otro, parecían dos de aquellos reyes legendarios de Oriente que se veían errantes después de la batalla por el campo abandonado, buscándose y embistiéndose trágicamente.

Media hora después, el tablero había cambiado de aspecto de nuevo, la fuga del alfil y la confusión de los dos reyes, de la torres y de los peones habían arrastrado de tal modo las piezas fuera de su centro, que el rey blanco había terminado en el campo negro, en el extremo izquierdo; el rey negro estaba a dos pasos, en la casilla del alfil. Anderssen, deslumbrado por la evolución fantástica del *alfil negro*, seguía persiguiéndolo, arrinconándolo, sofocándolo.

¡De repente lo atrapó! Lo agarró, lo sacó del tablero junto a otras piezas ganadas y miró a la cara, con expresión triunfante, al derrotado enemigo.

Eran las cinco de la mañana. Estaba amaneciendo. La cara del negro brillaba con un esplendor de júbilo. Anderssen, en el frenesí de la caza a la fatal pieza, había olvidado al peón negro que estaba en la penúltima casilla de las blancas a su derecha. Aquel peón estaba allí desde hacía cuatro horas y durante todo ese tiempo le había aplazado su condena. Cuando Anderssen vio la gran alegría en el rostro del negro, tembló; bajó con rápida violencia los ojos hacia el tablero.

Tom ya había hecho el movimiento. ¿El peón había pasado a reina? No. El peón había pasado a alfil, claro, el *alfil marcado*, el alfil negro, el alfil ensangrentado, había resurgido y le había hecho jaque al rey blanco. El negro miró a su vez con orgullo el tablero. Anderssen estuvo aun un minuto atónito: su rey estaba sometido oblicuamente por toda la diagonal negra del tablero; por un lado el otro rey le cerraba el camino, por el otro, un peón suyo. ¡La jugada era soberbia! ¡Jaque mate!

Tom contemplaba estático su victoria. Giorgio Anderssen dio un salto, corrió hacia la diana, cogió la pistola, disparó.

En ese momento Tom cayó al suelo. La bala le había atravesado la cabeza, un hilo de sangre corría por el rostro negro, y al caer por la mejilla, le teñía de rojo la garganta y el cuello. Anderssen vio en este hombre caído en el suelo al alfil negro que le había vencido.

Tom agonizando pronunció estas palabras: —Gall-Ruck está a salvo... Dios protege a los negros... —y murió.

Dos horas después, el camarero que entró en la sala para ordenar los muebles, encontró el cadáver del negro en el suelo y el jaque mate en la mesa.

Giorgio Anderssen había huido.

Veinte días después llegaba a Nueva York, y allí, atormentado por el remordimiento, se entregó a la policía y fue declarado asesino de Tom.

El tribunal lo absolvió, primero porque el asesinato no era más que un negro y porque no subsistía la acusación de homicidio premeditado; después porque el célebre Giorgio Anderssen se había denunciado a sí mismo; por último porque habían descubierto en la investigación judicial que el negro asesinado era hermano de un cierto Gall-Ruck que había promovido el último levantamiento de esclavos en las colonias inglesas, el Gall-Ruck que fue perseguido durante años y nunca se pudo encontrar.

Anderssen volvió a su tierra sin haber aliviado el remordimiento en el corazón debido a la leve condena.

Después de la catástrofe que contamos siguió jugando al ajedrez, pero no volvió a ganar. Cuando se disponía a jugar, el alfil negro se convertía en fantasma. ¡Tom estaba en el tablero! Anderssen perdió al ajedrez toda la riqueza que con ese juego había ganado.

En sus últimos años, pobre, abandonado por todos, humillado y desequilibrado, caminaba por las calles de Nueva York repitiendo sobre las piezas de mármol del pavimento todos los movimientos de las piezas de ajedrez: saltando como un caballo, corriendo recto como la torre, girando aquí y allá, adelante y atrás como un rey y huyendo de cada negro que veía.

No sé si sigue vivo.

Arrigo Boito, *El puño cerrado*

En septiembre de 1867 viajé a Polonia para una cierta misión médica que me habían confiado; tenía que investigar y estudiar una de las más horribles enfermedades que entristecían a la humanidad: la plica polaca. Aunque esta enfermedad estuviera restringida sólo a la zona de Polonia, sus extraños efectos y su nombre son conocidos incluso por los profanos de la ciencia por toda Europa; ¡ojalá fueran tan evidentes sus causas y sus remedios! Hay quien sostiene que esta enfermedad del pelo es epidémica, aduciendo, por ejemplo, que algunas localidades del Vístula están infectadas; otros aseveran que se produce por la basura de los campesinos polacos y del uso tradicional entre ellos de llevar el pelo largo. Una prueba a favor de esta segunda opinión es que la plica aparece como una plaga exclusiva de la más baja plebe, de la más baja estirpe de siervos, de los vagabundos, de los mendigos. Tener una plica es, en Polonia, un título para pedir limosna.

Mi misión me llevaba por necesidad al centro del contagio. Acepté con resolución el deber y empecé la investigación.

En el mes de septiembre se celebran en ese país las fiestas de la virgen de Czenstokow; esta pequeña ciudad, famosa por su antiguo santuario, se convierte en esos días en lugar de encuentro entre polacos de Varsovia, de Cracovia, de Posen, y la herida nación se reúne por unas horas, idealmente, en la unidad de la oración.

Sacan a grupos de personas de la frontera austriaca, de la frontera prusiana, y los devotos, algunos a pie, otros en carroza, llegan a la villa santa, suben la colina de la iglesia rezando y atraviesan las gruesas murallas que hacen de ese santuario una verdadera plaza tan fuerte como para soportar asaltos y batallas. Luego, llegados al clímax, se postran ante la entrada del templo; después avanzan inclinados, compungidos, y se dejan caer con la cara sobre el mármol del altar. Muchos le ruegan a aquella virgen morena llena de piedras preciosas por la salud de la pobre patria; otros, más egoístas, al ser más desaventurados, piden por su propia salud, la sanación de alguna de sus enfermedades, y abundan los paralíticos, los ciegos, los cojos, los hidrónicos, los enfermos crónicos de todo tipo; entre ellos está la sucia turba de enfermos de plica. Estos últimos, protegidos por el fuerte olor que despiden, avanzan entre la multitud apiñada, que se abre esquivándolos, y llegan así hasta la más codiciada posición junto al altar. Allí, bajo el destello de las lámparas de oro, entre el vapor caliente de los perfumes sagrados, golpeándose en el pecho y en la frente, gritan como obsesos sus súplicas y gesticulan frenéticamente. Luego vuelven fuera y se sitúan fuera de la entrada principal para pedir limosna a los que salen.

En el año 1867 yo también estaba en las fiestas de Czenstokow: la certeza de encontrar allí material para mis estudios me había llevado al centro de la pía algarabía, puesto que allí no faltaban los enfermos de plica. Cuando llegué ya estaban todos en sus puestos en doble fila a lo largo de las escalinata del patio, gritando sus cantilenas e implorando un kopiec en nombre de la virgen. Inmundos, horribles todos, con sus mechones ásperos sobre la frente (había quien lo tenía rubio y quien lo tenía negro o canoso) parecían alineados así por orden mía.

Los observé rápidamente, lancé al suelo una moneda de cobre delante de ellos y entré en la iglesia. No había caminado ni diez pasos bajo la bóveda del santuario cuando oí fuera de la puerta un feroz barullo como de fieras ladrando y de apedreamientos y, en medio del tumulto, la palabra *przeklety* (maldito), que gritaban con sarcástica aflicción. Me giré hacia el lugar de donde venía el alboroto y salí. Un odioso espectáculo fue lo que yo allí vi.

Vi un grupo de harapientos que aullaban en tierra junto al lugar en el que había lanzado el

kopiec.

En aquella confusa masa de personas no aparecía más que las abominables cabezas y los brazos furibundos.

Algunos aferraban en sus manos una piedra y se lanzaban con ella sobre cualquier cosa desconocida que el grupo deseaba.

—¡Dale al rojo! ¡Dale al maldito rojo! Dale al patriarca — gritaban algunos.

—¡Dale al ladrón de los pobres! ¡Dale al tesorero! —chillaban otros.

—Ese kopiec no es para ti. Tú ya tienes el florín rojo de Levy.

—¡Joder! Paw es un impostor, lleva una plica falsa; lo he visto yo pegarse el pelo para parecer más guapo que nosotros.

—¡Estíraselo!

Entonces un viejo robusto pordiosero se lanzó en medio de aquel enjambre y con voz amenazante gritó:

—¡Paw! Abre el puño o te tiro del pelo —y acompañó la amenaza con un gesto.

En ese momento (como un muelle que salta después de haber estado presionado con violencia) surgió del suelo un hombre largo, nervioso, amarillento, delgadísimo. Su salto fue tal, que todos los que estaban encima de él pegándole cayeron en tierra como un rayo. El pelo de este hombre era más desagradable que el de los otros por su tinte rojizo y por su desmedida longitud; parecía, sobre la frente de aquel desgraciado, una mitra sangrante, alta y dura. Quizás por eso lo llamaban el patriarca. No había visto nunca un caso más horrible de plica. Aquel hombre mitrado, erguido e inmóvil sobre la débil manada de los mendigos caídos, alargaba horizontalmente los brazos como una cruz viva y cerraba los puños con rigidez. Poco después, abrió el puño izquierdo, dejó caer el kopiec, no dijo ni una palabra.

—Abre el otro también —gritaban en coro los mendigos riendo a carcajadas, pero el otro puño permaneció cerrado.

Paw bajó lentamente los brazos y se dirigió hacia la colina. Mientras se alejaba, una lluvia de piedras y de palabrotas le llegaban por la espalda. Yo lo seguía a treinta pasos de distancia.

Aquella escena me tenía casi aterrorizado, aquel personaje me había conmovido. La piedad, que acompaña raramente al egoísmo de la curiosidad, me atraía hacia aquel desventurado. Caminaba lento, bajo la lluvia de piedras, con paso grave de estoico. Yo me movía rápido para alcanzarlo. Tenía delante de mí un maravilloso problema de ciencia y quizás también un letal argumento de drama. Aquel paria de los mendigos, aquel patriarca de la plica con las sienes tan atrozmente marcadas, aquel hombre vilipendiado y golpeado a quien se le había arrebatado hasta el refugio social, la limosna; aquel lúgubre Paw me invadía la mente. Habíamos recorrido buena parte de la colina y la lluvia de piedras había cesado. Al llegar a la última curva del descenso, el personaje al que seguía se paró, levantó el puño derecho hacia el cielo en acto de rebeldía y de dolor, y retomó el camino.

Me quedé a dos metros de distancia de él, lo llamé:

—¡Paw!

Al oír que lo llamaban, aceleró el paso, asustado. Entonces me puse a su lado y le dije:

—Amigo, aquí tienes diez kopiecs en lugar de uno —y le entregué el dinero.

Paw me miró sorprendido y exclamó:

—La Santa Virgen de Czenstokow le bendiga, excelente amo, y le dé salud a usted y paz a sus difuntos.

Mientras pronunciaba estas palabras, se agachó hasta el suelo para abrazarme las rodillas, yo me eché atrás ligeramente.

El sol caía, las faldas de la colina estaban inmersas en una sombra fresca, azulada, que subía lentamente como una tranquila marea. La brisa de la tarde soplaba y me movía el pelo sobre el rostro, pero la cabellera de Paw se resistía al viento como una roca. El gorro, que quién sabe cuánto tiempo hacía que ya no podía ponerse en la cabeza, le colgaba del cuello cogido con una cuerda.

—Buen hombre —le — es tarde y ya has mendigado bastante, ven a calentar el estómago con un poco de aguardiente.

—Que la Virgen del Santuario le proteja —murmuró, y un cálido rayo de agradecimiento brilló en su pupila nerviosa.

Después de bajar hasta la entrada de la ciudad, en la primera taberna que encontramos, entré. Paw me siguió.

La taberna, digna del diálogo que iba a iniciarse, era un cuchitril oscuro, todo impregnado de densos vapores. Había en un rincón una estufa gigantesca que tiraba humo como un cosaco cuando fuma, mientras que en otro rincón, tumbado sobre una mesa, se veía a un cosaco con su pipa en la boca que tiraba humo como una estufa. La imagen de la Virgen estaba clavada en la pared de en medio: una triste vela ardía delante de ella.

Me agaché en el rincón más oscuro de la taberna; le ofrecí a Paw la silla que estaba delante de mí. Pedí ron y agua caliente. Encendí dos vasos de ponche y le ofrecí uno a mi hombre. La noche caía, la llama del ponche expandía un resplandor verdoso y vacilante en la cara desvaída de mi comensal que yo examinaba curiosamente. Paw con su pelo áspero, con sus ojos abiertos, cadavérico, tembloroso, parecía un fantasma. Tras algunos minutos de silencio le pregunté:

—Buen hombre, ¿cuándo contrajiste esta horrible enfermedad?.

—Esa es una larga historia, señor.

—Mejor, tómate otro vaso de ponche y cuéntamela toda.

—Este peinado —retomó Paw sonriendo amargamente— me apareció por un susto que tuve una noche que pasé con Levy.

—¿Quién es Levy?

—Mi amo, ¿lo ignora? Quizás porque mi amo no es de esta región. La de Levy es otra larga historia.

—Mejor dos que una.

Por las palabras de Paw, intuía ya una historia importante, es decir, que la plica podría ser la consecuencia de un susto.

Volví a observar la cabellera de mi enfermo; al contemplarla con detenimiento, me invadió tal sentimiento de terror que llevé con escalofríos las manos a mis cabellos, porque sentí como si la plica estuviera ya en mi cabeza.

Miré a mi alrededor y vi la taberna desierta...

Paw y yo, solos, nos mirábamos a la cara.

Finalmente Paw rompió el silencio así:

—Mi amo; esta es la historia de Levy.

(Paw narraba la historia que sigue con tanta exuberancia de detalles y con un tono tan convencido y vivo que parecía que narrase cosas vistas, oídas y tocadas con la mano. A veces se retorció de dolor. Se recreaba en el terror de su historia, su palabra, sus pensamientos atraídos por el Horror como por un abismo. Un fuego siniestro le brillaba en los ojos y sin embargo, al hablar, sufría. En ese hombre se revelaba un reflejo de trágica inteligencia. Yo no atenuaré aquí mínimamente el carácter adusto de su estilo; transcribiré la historia de Levy

como la oí narrar yo mismo por aquel mendigo aquella tarde de otoño, en aquella lúgubre hostería polaca).

Simeón Levy de Czenstokow aún vivía hace diez años, y era el más avaro usurero del gueto. Desde pequeño recorría los barrios para recoger los trapos que caían de las ventanas y en veinte años llegó a recoger una cantidad astronómica. Vendió sus trapos a una empresa de celulosa prusiana por el precio, creo, de mil florines de plata, y con ese capital en mano se convirtió en usurero. Entre las ganancias que conseguía de los deudores y su innata avaricia, llegó en poco tiempo a convertir mil en diez mil.

Levy se vestía con harapos que encontraba por la calle, los cosía juntos ingeniosamente e se hacía una túnica, «Cien pequeñas monedas hacen un rublo, cien pequeños jirones hacen un vestido», decía él. Levy comía regularmente una vez cada treinta horas, una vez de día y otra de noche, y con este sistema ahorraba, en un espacio de ocho días, dos días de comida, y ocho días a lo largo de un mes.

Todas sus costumbres se subordinaban a sus treinta horas; la jornada de Levy tenía seis horas más que la de los demás hombres y la semana, un día menos. El día eliminado era el sábado. Lo llamaban el Judío sin sábado. Levy no descansaba nunca, y para atender sus obligaciones no tenía en cuenta el avance del sol. Se le veía correr por la ciudad al amanecer o a mediodía o de noche, tal y como llevaba su extraño calendario. Quien tenía relación con Levy tenía que someterse no sólo a la tiranía de su porcentaje, sino también a la tiranía de sus costumbres. «El sol no es mi lámpara», solía repetir. Mientras tanto, Levy se enriquecía. Cada decenio aumentaba un cero la cifra de su capital. A los tres años no poseía más que 10.000 florines, a los cuarenta tenía 100.000, a los cincuenta tocaba el 1.000.000.

La noche que cumplió el medio siglo, subió al solarium donde vivía, abrió su arca y se puso a hacer cuentas. Contó pila a pila los ducados de oro de Holanda, los imperiales de Rusia, las thaler de plata prusianas, contó fajo por fajo los billetes y los pagarés, deleitándose con la visión de su millón.

Ya había contado medio millón, ya setecientos mil florines estaban contados, ya estaba contabilizado casi el millón entero de florines, cuando se dio cuenta de que para llegar a la suma redonda le faltaba un florín de oro. Feliz por la riqueza que tenía ante sus ojos y desesperado a la vez por el florín que le faltaba, se acostó. No podía pegar ojo. Se acordó con rabia de que una semana antes había muerto Czenstokow, un pobre estudiante al que él le había hecho un préstamo. La deuda alcanzaba la suma de un florín rojo (moneda equivalente a un ducado de oro), justo la suma que le faltaba. El estado de indigencia en el que había muerto el deudor le quitaba al judío toda esperanza de recuperar la moneda perdida; para recuperarla, Simeón habría desenterrado con gusto el cadáver y vendido los míseros huesos.

—La muerte me ha robado (pensaba Levy) y por eso yo puedo robar a la muerte. Ese esqueleto me pertenece.

Meditaba ya cómo hacer valer sus derechos sobre el fúnebre metro de tierra bajo el que estaba sepultado su deudor en el cementerio. El florín rojo estaba en el centro del cerebro de Levy como una araña en medio de su telaraña. Todos los pensamientos de Simeón conducían al florín de oro.

Esa moneda de oro que no tenía deslumbraba su mente como la mancha redonda que queda en la pupila después de haber mirado el sol. Levy se reafirmó en la idea de vender al muerto para volver a ganar la moneda y con este pensamiento de hiena más que de hombre, se durmió.

Y tuvo un sueño tan violento que le pareció realidad.

Soñó que un amargo olor de podrido le había despertado ¡y que una figura fúnebre estaba delante de él! Aquel horrible fantasma tenía las piernas atadas con la mortaja, caminaba con dificultad y en la mano izquierda tenía un objeto redondo que brillaba.

«¡Mi florín rojo!», exclamó el avaro. Era de hecho un viejo florín de oro con el cuño de Segismundo III y la fecha de 1613. Le pareció a Levy que el muerto le decía con voz sofocada por la tierra que le obturaba la boca:

—Vengo a pagar mi deuda. Aquí tienes el florín de tu usura.

El judío temblaba. El muerto replicó, su aspecto era terrible; llevaba en la cabeza un trozo de tierra de la tumba, y las raíces de las ortigas le crecían en las fosas nasales. Sus palabras de ofrecimiento sonaban como una amenaza. El judío seguía temblando. El muerto replicó una tercera vez. Levy, fascinado por la luz del florín rojo, se arrodilló, extendió la mano, el muerto acercó la suya, la moneda cayó en la palma del judío. El espectro desapareció: el sueño cesó. Levy se escondió bajo el cubre aferrando con fuerza el florín de oro en el puño.

Al amanecer abrió los ojos, saltó de la cama, corrió hacia el cofre para guardar allí la moneda que completaba el millón, pero no pudo: la mano se le había quedado entumecida durante la noche y no conseguía abrirla. Sus músculos hacían esfuerzos impotentes; el puño se había quedado cerrado.

(Aquí Paw interrumpió un instante la historia, una fuerte emoción se reflejaba en su rostro. Le llenó de nuevo el vaso de ponche para animarlo. Bebió y sus ojos se animaron. Observé por tercera vez que Paw cogía siempre el vaso con la mano izquierda, y que la derecha la tenía siempre guardada en su abrigo de piel de cabra).

Paw continuó:

¡El puño estaba cerrado! Levy, aún despierto y mirando de frente la luz del día, sentía el borde del florín de oro que le presionaba la parte interna de la mano. Y la torsión misma del puño probaba evidentemente la realidad del prodigio.

El millón estaba completo, y esta idea le fascinaba. Finalmente, tenía el florín que faltaba en el cofre, lo poseía, lo palpaba, estaba en su puño. Pero quería verlo, quería ponerlo junto a los otros en una de sus preciosas pilas brillantes.

De repente, tuvo una idea: se puso la túnica y salió; atravesó multitud de barrios, se paró en un portal, llamó, le abrieron, subió por una escalera y mientras subía, se puso a gritar con voz ansiosa:

—¡Maestro Wasili! ¡Maestro Wasili!

La puerta de una habitación se abrió. Levy entró. El maestro Wasili estaba ante él.

El hombre era un anticuario ruso, muy erudito y muy listo uno de esos que abusaba de la ciencia, como otros abusan de la fuerza. «Yo lo conocí (decía Paw) cuando era guardián en el tesoro del Santuario. A menudo solía decirme que si la piedra filosofal consistía en transformar en oro las cosas más vulgares, él la había descubierto. De hecho, Wasili, por cada sextercio antiguo falsificado, ganaba un imperial de oro. En definitiva, el maestro Wasili, doctor, profesor, anticuario, numismático, paleólogo y químico... era un ladrón».

Cuando vio a Simeón tan jadeante exclamó:

—¿De qué aquelarre de brujas te has escapado, buen Simeón? Si no te llamaran el Judío sin sábado, creería que venías del Sabba alemán o del Sabba lituano, del Hartz o de Lisagora. ¿Qué demonio te impusa?

—Un demonio no, sino un fantasma es lo que me mueve —respondió Simeón. Y le contó a Wasili la visión de la noche anterior.

Una vez terminada la historia, Wasili, sonriendo a través de su poblada barba negra

exclamó «¡Dios santo!» y se hizo el signo de la cruz griega tocándose la frente, el pecho y cortando una línea transversal del hombro izquierdo al lado derecho.

La cara del judío estaba descompuesta.

—Maestro Wasili —dijo Simeón—, le propongo el mejor negocio que haya hecho nunca: le vendo una pieza de numismática tan preciosa que hace pequeña a la más rara moneda egipcia. Deme un florín de oro corriente y yo le cedo este florín rojo del muerto. Algún demonio o algún cirujano que me abra esta mano debe haber, ¿no?

—Veamos el puño —respondió Wasili

El puño estaba cerrado como una caja de hierro.

—¿Qué broma es esta? En esta mano no hay nada.

—Le juro por la Biblia que en esta mano hay un florín rojo que lleva el cuño de Segismundo III y la fecha de 1613; es un florín antiguo que vale bastante más que un ducado moderno; así al pesarlo siento que es oro valiosísimo, oro de 24 quilates.

Wasili, después de escrutar minuciosamente al judío y su puño le dijo:

—Vale, está bien. Acepto el trato pero exijo un pacto inexorable. Tu mano se abrirá dentro de tres meses (quiero ser paciente)... entonces me darás la moneda del muerto que lleva el cuño de Segismundo III.

—Quiero ser honesto. Cuando vea tu mano abierta y tu moneda en mi mano, te daré mil por uno, esto es, mil florines de oro por tu florín rojo. Pero si en tres meses no tengo la moneda que está en ese puño, serás tú quien me dé a mí mil por uno. Por ahora toma el florín que pides, guárdalo como adelanto.

Wasili dejó en la mesa un florín de oro y se sentó en el escritorio, tomó el contrato, se lo leyó a Levy y se lo mostró diciendo «¡Firma!».

—No puedo —respondió Levy señalando su mano derecha.

—Firma con la izquierda, pon una cruz —dijo el griego.

—¡El profeta me libre! —exclamó el judío escandalizado— ¡Este hombre me va ha hacer pecar!

Tomó al fin una pluma con la mano izquierda y trazó con dificultad su nombre. Después se metió en el bolsillo el florín.

—Entonces adiós, hasta dentro de tres meses —dijo el griego desconfiado— espero que entonces podamos darnos la mano.

—Así sea —respondió Levy.

Y se separaron.

Ese mismo día, el judío de Czenstokow, calculando los mil florines de Wasili hizo una excursión a Varsovia, donde cambió en papel casi todo su oro. Al día siguiente se fue a Londres a buscar al doctor Camble.

(Paw calló durante algunos minutos, sus pulmones exhaustos necesitaban a cada poco un breve descanso. Paw aprovechaba la ocasión de estas frecuentes paradas para tomar algunos sorbos de ponche. La bebida fuerte y caliente le devolvía un poco de fuerza y retomaba la historia. Cuanto más bebía, más apremiantes se hacían sus palabras y más incrédula su cara. Los hechos que me narraba debían conmoverlo violentamente, porque a menudo levantaba el puño derecho para llevárselo a la frente como signo de angustia, pero interrumpía el gesto a mitad y volvía, sospechoso, a esconder el brazo entre los pliegues del abrigo. Evidentemente existía algún nexo fatal entre la historia fantástica que yo estaba oyendo y el fantástico personaje que me la narraba. Yo escudriñaba en los ojos, en los gestos, en la entonación de Paw para descubrir el doble fondo de su leyenda. No era extraño que perdiera el hilo de la

historia por la curiosidad que me inspiraba el narrador. Paw ya había retomado la narración, mas yo seguía mirándolo fijamente y ya no lo escuchaba. Por un extraño mecanismo de mi memoria, mientras observaba al terrible hombre que estaba delante de mí, oía un zumbido incesante en mi cerebro que repetía el fragmento de terceto dantesco en el que se describe la maldición de los avaros y de los pródigos:

*Resurgirán éstos del sepulcro
con el puño cerrado, y éstos otros con la crin rapada.*

Y estas veintisiete sílabas del infierno pasaban girando una y otra vez por mi cerebro como las ruedas de un molino.

De repente me sobresaltó la siguiente frase:

—Señor —dijo el médico— ese puño no se va a abrir más.

Levy no se desanimó lo más mínimo, fue a otro médico que le aconsejó un tratamiento de barro y le garantizó que le curaría.

Levy empezó el tratamiento; cada día, durante un mes, metía la mano en el cenagoso barro tibio y maloliente. El suave contacto con el lodo le reblandecía los músculos rígidos. A menudo Levy se encontraba con un atisbo de alegría inexplicable; sentía sus dedos extenderse lentos, lentos, y la cavidad de su palma dilatarse, y los poros de la epidermis humedecerse de un sudor beneficioso y una agria viscosidad maligna derretirse entre las falanges y la tierna caricia del barro vivificar los huesos y los nervios de la mísera mano; Levy sentía vibrar los tendones y sentía correr la sangre hasta las uñas.

La mano sepultada en aquel lodo ya estaba semi abierta, ya casi abierta, la moneda resbalaba por su mano, mas entonces Levy, por miedo a perder en el barro el florín rojo, sacó rápidamente la mano. ¡El puño seguía cerrado! Todos los días Levy sufría la burla de esta ilusión.

Cumplido el mes de tratamiento, el judío no sanó y se fue a Viena, donde vivía en aquella época otro célebre médico. Éste le sugirió al enfermo unos baños eléctricos. Levy sumergió su puño en un recipiente metálico lleno de agua salada sobre la que actuaba la potentísima corriente de una pila voltaica.

La electricidad recorría el brazo del judío durante una hora seguida cada día. Levy agitaba el puño en el agua y entonces sentía una forma circular, plana y dura que se le movía dentro, como el cascabel de un sonajero al moverlo.

Pero Levy no se curó, así que se fue a París.

Le contó a otro famosísimo médico su increíble historia y esperó la respuesta del hombre sabio, quien, sonriendo ligeramente, miró la mano y le dijo:

—Esta mano es un ejemplo singular de estigmatización; usted me ofrece la máxima prueba de la reacción de las ideas sobre el organismo, usted es un sujeto interesante para la ciencia; la fisiología, la hipnología le aceptarían con gran honor, pero no se curará nunca. Para abrir su puño no hay más que un medio: amputarlo.

El avaro se quedó perplejo un momento... después, los mil florines de oro de Wasili le volvieron a la memoria y respondió:

—Vale: ampútelo.

El médico sorprendido, exclamó:

—¿Está usted loco? Vale más un puño cerrado que un brazo amputado.

—¿Y mi florín rojo? —gritó Levy— ¿ese florín rojo que llevo dentro? ¡Lo quiero!

¡Cortadme la mano! ¡abridme el puño! ¡Quiero mi moneda!

—Yo no haré nunca esa operación; y además —añadió el médico con voz irónicamente marcada—, y además... ¿está usted seguro de que ese florín está ahí?

La pregunta aniquiló al pobre judío. No se le había pasado por la cabeza dudar si había sido víctima de una alucinación, tal y como la pregunta del médico le sugería. De repente, toda su fuerza se derrumbó. Movi6 el puño en el aire para sentir la moneda oscilar; pero el florín rojo no se movía, se había desvanecido igual que su fe. El oro de 24 quilates se había evaporado como el humo; Levy pesaba su mano y la sentía más ligera.

Desesperado huy6 de París. Había gastado demasiado en viajes, en curas, en médicos, y después de todo estaba volviendo a casa, tomando de nuevo el camino de Czenstokow y subiendo las escaleras de su ático más enfermo y menos rico que antes. Su millón había disminuido en varias centenas de florines: estaban a punto de terminar los tres meses que había apostado con el maestro Wasili y la apuesta de 1.000 florines de oro la daba ya por perdida. Tres meses antes, la certeza de tener en la mano el complemento de su millón y la dificultad de abrir aquella mano eran para Levy una angustia fatal, pero leve, comparada con la duda de aquellos últimos días. El puño predestinado, el izquierdo, impenetrable como un misterio, se había convertido en un enigma más oscuro que el día que la fe le había fallado. Parecía que se hubiera cerrado con más fuerza.

Antes, guardaba una moneda, ahora guardaba, tal vez, ese vacío que era quizás la condena más cruel del pobre avaro. Desde que había empezado a dudar, el deseo de abrir el puño se había hecho más acuciante. Veía que todos los hombres abrían con facilidad sus manos; ese movimiento tan natural y tan fácil le estaba prohibido. A veces le parecía imposible e intentaba con esfuerzos más insistentes darle un golpe a la inmovilidad de sus músculos de piedra. Todo en vano. Se cumplieron los tres meses y Levy una noche, sentado ante su escritorio, oyó llamar a la puerta delicadamente.

—Adelante.

Wasili entró diciendo con jovialidad:

—Compadre Levy, deme esa mano.

—Sí —rugió el judío mostrándole amenazante el puño—, la he transformado en mármol para darte con ella en la cara, maldito griego.

—Paz, paz, paz —murmuró Wasili—. Podría ser una bendición si me escuchas. Tengo una idea en la cabeza y sabes que las ideas son oro: ten un poco de paciencia. No sufras... voy a salir y voy a volver a entrar con tu curación y remedio.

Y diciendo esto sali6. Levy, asombrado, se sent6 en una silla a esperar. Un cuarto de hora después se oy6 una carroza que paraba delante de la casa del judío, entonces Wasili entr6 con un pequeño saco bajo el brazo.

—¿Qué hay en ese saco?

—La medicina. Deja que te cure. Dentro de cinco minutos veremos el rostro de Segismundo III saliendo entre tus dedos... o no lo veremos, si es que si no está; pero el puño se abrirá. Dijiste que tienes la mano de mármol, y por eso te traigo una fuerza que la abrirá como la mano de un niño. Este polvo que hace explotar las montañas romperá con facilidad esas venas petrificadas dentro de las que, quizás, hay una preciosa moneda de oro. Deja que mine el puño, aquí hay un saquito de pólvora. Es una nueva operación quirúrgica, pero fíate de mí, ya sabes lo sabio que soy.

A Levy la idea de la pólvora le pareció sublime. Finalmente se le ofrecía un medio seguro para salir de la duda. «Si el florín está —pensaba— los mil florines entrarán en mi escribanía,

el millón estará completo y yo seré feliz para siempre. Si no está, amén, perderé mil florines y tendré el corazón tranquilo hasta la muerte», así que extendió el brazo hacia Wasili con un gesto seguro.

Wasili cogió del saco un puñado de pólvora y se puso a observar el puño de Levy.

Una epidermis seca y lúcida lo envolvía, las uñas habían penetrado en la carne, los dedos parecían congelados, el pulgar estaba incrustado entre la segunda falange del índice y del corazón, el meñique estaba tan arrugado que parecía un grupo amorfo de nervios y debajo aparecía un pequeño hueco formado naturalmente por los dos pliegues del metacarpo. A través de aquel agujerito, Levy solía espiar si la moneda brillaba. Wasili notó aquel hueco con una paciencia de alquimista y con sagacidad de quiromante infiltró grano a grano una dosis de pólvora equivalente a un cartucho y medio de escopeta de caza. Entonces, con una aguja grande la comprimió como cuando se carga un arma. Después dijo:

—La carga está lista; ahora se trata de hacer que explote, eso lo puedes hacer tú solo. Pero antes, cerremos las ventanas para que la moneda, si está, no salga a la calle.

Cuando atrancó los postigos, Wasili cogió la mecha de pez y de cuerda, la encendió y se la dio a Levy quien la aferró con la mano izquierda.

—Haz tú mismo tu operación —dijo Wasili al judío—, yo, mientras tanto, dejo en el cofre mis mil florines en caso de que tenga que pagártelos. Perdona si te doy la espalda: ahórrame el mal trago de ver la explosión de un petardo tan novedoso.

La noche caía.

Levy, inmóvil, con el puño rígido y con la mecha levantada, cuya llama oscilante aclaraba la estancia, pálido y mudo, dudaba: llegados a este momento, sentía que le faltaba la voluntad. Las chispas y las gotas de la mecha le caían en los dedos de la mano izquierda ya pegajosos por la pez.

Mientras tanto, Wasili encorvado delante del cofre abierto, hacía como si estuviera contando sus mil florines pero en realidad se estaba metiendo en los bolsillos todo lo que quedaba a su alcance, arrambló con todo con una rapidez prodigiosa: las monedas de oro y los billetes diciendo: «Vamos a hacer cuentas», pensó mientras aprovechaba la ocasión para robar todo lo que podía.

De repente, Levy se dio cuenta de que el otro le estaba robando y gritó:

—¡Maldito ladrón! —y se levantó para ir a por él con la antorcha en llamas y con los brazos extendidos.

Wasili, delgado como un vampiro, se giró, agarró el saco de pólvora que había dejado a sus pies y lo vació en el suelo ante él y delante del cofre. Después, giró hacia Levy su terrible rostro y le dijo con acento aun más terrible: «Entre tú y tu cofre está este suelo», e indicó la alta y negra montaña de pólvora que le separaba de Levy. El cofre estaba en la puerta. El tugurio era minúsculo. Levy intentaba en vano protegerse de la mecha que le unía fatalmente los dedos de la única mano sana al llover innumerables chispas a sus pies: apagarla soplando era imposible. La pólvora a su alrededor le impedía cualquier movimiento. Tenía delante una mina. Wasili, mientras tanto, seguía robando y por cada paquete que se metía en los bolsillos, decía riendo:

—¡Cien imperiales!

—¡Maestro! ¡Asesino! —gritaba Simeón.

—¡Mil ducados! ¡Cincuenta rublos! He terminado —y miró al judío con su rostro espectral.

En la mente del judío sonaba el acento del fantasma cuando le dijo:

—¡Aquí tienes el florín de tu usura!

Le parecía que la petrificación del puño le había invadido todo el cuerpo.

Pero de repente se revolvió y gritó:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Mas el ladrón ya no estaba allí. Se oyó el ruido de una carroza que se alejaba y el galope de dos caballos.

Medio minuto después, las personas que pasaban por allí, oyeron un ruido de cristales rotos que llegaba de la casa de Levy y le vieron por la ventana gritando y enseguida una mecha en llamas que caía.

Los que subieron alertados por los gritos encontraron a Levy desmayado en el suelo.

Todos los habitantes de Czenstokow hablaban ya alegremente de la catástrofe del judío, intercalando expresiones amables e irónicas en la narración y en sus comentarios. Israelitas y cristianos, mujeres y hombres, todos se regodeaban; la desgracia del pobre avaro fue la fortuna de todos. Nadie pronunció ni una palabra de compasión, hubo quien sonrió, quien lo miró con desdén, quien rió a carcajadas y quien incluso gritó de la risa.

—¡Aquí tenéis los frutos de la avaricia!

—¡Aquí tenéis los frutos de la usura!

—Harina del diablo... etc., etc.

Estos eran los comentarios de la multitud. Y Wasili, huido, no dejó rastro tras de sí.

Cuando Levy volvió en sí estaba solo; miró la puerta abierta, después la ventana abierta, después el cofre abierto ¡y vacío! Quería suicidarse pero, ¿cómo? Su puño no podía aferrar un cuchillo ni una pistola, y temía los golpes débiles e inciertos de la mano izquierda. Después, el temor de la muerte lo atenazó. El rico avaro se había vuelto un pobre miserable, no quedaba ni una moneda en su cofre: aquella pobre caja fuerte abierta de par en par parecía una jaula de la que habían volado los canarios cantarines.

Levy entrecerraba los ojos para no verlo. Ya no le quedaba nada de las antiguas riquezas, excepto quizás ¡el florín de oro en el puño! Pero Levy abatido y agotado, ya no creía en la fatal moneda. La incredulidad había sustituido a la duda, como la duda lo había hecho con la fe.

Levy pasó así algunos días de vida, mordisqueando algunos restos de comida conseguida en tiempos más fértiles.

Una mañana, desesperado y hambriento, no sabiendo cómo trabajar, cómo vivir, subió a la colina y se arrodilló delante de la puerta del Santuario para pedir limosna.

Muchos lo conocían y al pasar delante de él lo maldecían, otros, que habían tenido dinero suyo a precio de usura, lo insultaban.

Otros se burlaban de él. Nadie le daba ni un kopiec por caridad.

Yo, en aquella época, era guardián del tesoro de la Virgen. Un día, al volver a casa —vivía en el convento— vi a Levy, sentí piedad de él y le dije:

—Esta noche, cuando los hermanos duerman, entra en mi celda y cenaremos juntos.

Aquella noche Levy entró. Cenamos juntos, Levy se había transformado y daba miedo. La celda estaba iluminada por una vela que ardía delante de la Virgen, igual que aquí ahora. Esa noche me contó toda su historia, tal y como yo te la cuento ahora. Cuando terminó se levantó... se puso delante de la Virgen (mientras Paw describía estos últimos detalles, acompañaba con gestos y acciones sus palabras) entonces vi que extraía el puño del abrigo... (y Paw sacó el puño)... que lo levantaba con ímpetu... (y Paw lo alzó)... y lo colocaba sobre la llama de la vela, diciendo:

—Así termina la historia de Levy.

Una tremenda explosión siguió a estas palabras. Me pareció como si un rayo y un trueno hubieran salido de aquella mano ardiente delante del cuadro de la Virgen. El puño se rompió en mil pedazos... el judío cayó... la luz se apagó... En el mismo momento oí un sonido metálico corriendo por el suelo. Recogí en la oscuridad una moneda... el florín rojo... de Segismundo III... Levy no se movía, la explosión lo había matado.

En este momento, la voz de Paw se rompió en un jadeo y se desmayó. El agotamiento de la narración, las crueles cosas contadas y el ron que había bebido le habían ganado la partida. Le pesaba la cabeza y no conseguía mantenerla recta. El delirio se adueñó de él: «Moneda infernal... está aquí... está aquí...». El delirio se agravaba.

Pedí que llevaran al pobre Paw a un cuarto apartado de la hostería. Allí, en una cama, se durmió. Tenía un principio de hidropesía en el cerebro. Las frecuentes ingestas de alcohol de aquella noche habían decidido la fatal crisis. Pasé la noche cuidándolo. De su boca no salió ni una palabra que sirviese para aclarar el oscuro nexo que lo unía a la historia. Al amanecer se levantó, miró a su alrededor, me vio y con tierna gratitud, me dio las gracias.

—Después de muerto le pagaré mi deuda —dijo, pero después, asustado, añadió— ... no... no ... le traería desgracia —y siguió delirando.

Adiviné el pensamiento del enfermo. Durante toda la noche pude observar que el puño derecho de aquel hombre no se abrió ni una sola vez. Deduje de esto, y de algún que otro indicio, que Paw había heredado el contagio de la alucinación de Levy; él también creía que tenía el florín de la usura en el puño. Esta fijación maniaca era potentemente ayudada por el estado morbo de su cerebro. Paw me parecía una víctima de ese fenómeno físico que los cristianos de la Edad Media llamaban *sugillationes*, y que es una forma de estigmatización.

Un fenómeno como aquel se ha manifestado varias veces, incluso en este siglo racionalista. Sólo hay que leer las cartas de Harwitz, impresas en Berlín en 1846, para ver citados muchos casos de estigmas acaecidos en nuestro tiempo. María de Maerl, monja de la tercera orden franciscana, fue marcada con estigmas en el año 1834.

María Domenica Lazzari, llamada l'Addolorata di Capriana, también tenía, en la misma época, estigmas en los pies, en las manos y en las caderas.

A Crescenza di Nickleitsch le aparecieron estigmas en 1835.

Filippo d'Aqueria, Benedetto da Reggio, monje capuchino, Carlo di Gaeta, hermano laico, son otros ejemplos de personas con estigmas, los cuales tuvieron la herencia de las benditas llagas de San Francisco de Asís como premio a su fe.

Hoy la fisiología demuestra claramente que lo que en siglos pasados era llamado milagro, no era más que el efecto de una enfermedad, de un desorden general, la consecuencia de mentes perturbadas por la exaltación religiosa, por un abuso de la abstinencia demasiado largo, por el ascetismo y la vida contemplativa en organismos ya predispuestos a desórdenes del sistema nervioso.

En muchos casos de enfermedades mentales (casos en los que la moral actúa con fuerza sobre el físico) se observaba que las ideas, al reaccionar sobre los órganos, les infligían las mismas perturbaciones.

La congelación y la estigmatización pertenecen al mismo grupo de problemas fisiológicos y pueden producirse por la obsesión religiosa, y no solo por esto, sino también por cualquier otra manía, como sucedió con el avaro Levy y como apareció en el pobre Paw.

Entre estas consideraciones, yo seguía velando el cuerpo del enfermo. Sabía, por desgracia, que la ciencia no podía salvarlo; de hecho, tres días después murió.

Cuando la nueva de la muerte de Paw se difundió por la ciudad, la hostería se vio rodeada por una multitud de curiosos. Se agolpaban junto al propietario rogándole que les dejara entrar en el cuarto del muerto.

Muchos de ellos querían romperle el puño a Paw para quedarse con el florín.

Le pedían el favor al mesonero como una limosna, otros, como un derecho.

Yo los escuchaba, indignado, desde el lugar en el que estaba.

Uno decía: «Paw me ha dejado ese florín en su testamento».

Otro: «Yo tengo más derecho que tú porque me lo dio el mismo Levy».

Y el primero otra vez: «Habrá que ver quién tiene razón».

Y un tercero: «Ese florín va al tesoro de la Virgen».

Y un cuarto: «Antes hay que meterlo en agua santa y purificarlo completamente. Yo sé cómo se hace».

Y un quinto: «Ese florín rojo debe repartirse entre todos los hermanos de Paw, entre todos sus compañeros de limosna, entre todos los de la plica».

Un estrepitoso aplauso siguió a esta última intervención hecha, proveniente de una persona con la voz robusta, a quien yo reconocí. Era la de aquel mendigo del Santuario que había perseguido a Paw más que ningún otro.

Mientras tanto, la multitud enfurecida empujaba hacia el cuarto en el que yo estaba con el muerto. El mesonero ya no podía para la fuerza de la multitud. Vieron al muerto, se pararon suspendidos entre la codicia y el terror.

Cuando me vieron, todos se inclinaron. Entonces yo hablé:

—Profanadores! Reconozco a alguno de vosotros que el otro día, en la colina, dio bonita prueba de piedad al apalear, como bellacos, al pobre hombre que yace ahí en esa cama. Todos queríais de Paw una moneda de cobre cuando estaba vivo, y ahora que está muerto volvéis a lanzaros sobre su puño, para robarle la moneda de oro que encierra. ¡Malandrines! ¡Hombres de rapiña y de lodo! ¡Encorvados limosneros! Esa moneda se transformará en cangrena en vuestras manos. Será vuestra maldición. Os espera el destino de Levy y Paw. Mas no quiero negaros el castigo que pedís con tanta ferocidad. Quien quiera el florín maldito que levante la mano....

Todos levantaron el brazo. Entonces yo cogí el martillo, corrí hacia la cama de Paw, cogí su puño, dos veces muerto, y éste, con el primer martillazo se rompió como el de una momia. La multitud esperaba el florín rojo; todas las miradas espiaban mirando fijamente a mi martillo, y todos los oídos estaban atentos y preparados para el sonido de la moneda de oro.

El puño se rompió.

La multitud se sorprendió.

El florín rojo no estaba.

Traducción de María Antonia Blat Mir